

Ministro Nogales: ¿Dónde está la hiperinflación?

Por: Alberto Bonadona Cossío

A la ciencia económica le falta un largo recorrido para establecer medidas, patrones y leyes tan firmes como los que cuenta la física con la ley de la gravedad o la de la relatividad. Los economistas aún no saben lo suficiente del déficit fiscal, ni de la inflación y, menos aún, acerca de la deflación. Para afirmar a favor de una u otra tendencia en estas áreas, se basan en principios que en algún momento sirvieron para definir políticas que dieron resultados positivos. Sin embargo, lo que en un momento

pudo ser acertado al determinar ciertas medidas, no es, necesariamente, correcto en otras circunstancias, la economía se mueve en un mundo cambiante y, aún, poco conocido por los economistas. Por eso la recomendación más cautelosa que deben hacer a los gobernantes que oyen sus sugerencias, es observar el entorno con gran cuidado, prestar atención a las fuerzas que se mueven en las profundidades de las apariencias económicas, y, siempre estar atentos a no dejarse llevar por fórmulas que, en un pasado, pudieron ser las mejores, pero, que ahora ya dejaron de serlo.

Si algo debe saber un gobernante es que la realidad cambia constantemente y la mente de los economistas tiende a repetir mantras, que les ayudaron a exorcizar demonios en el pasado.



ción?

¿La ortodoxia en el poder?

La administración Mesa intuye acontecimientos que no puede, tenazmente, llevarlos hasta sus consecuencias finales. Así ocurre con la polémica del control del déficit fiscal. Parece vislumbrar que la persistencia en su achicamiento mediante más impuestos, o reducción de la inversión pública, puede ahondar la recesión. Este es un gran paso comparado con anteriores gobiernos. Sin embargo, le gana el peso de un equipo económico acostumbrado a razonar en la lógica ortodoxa impregnada de dogmatismo, en más de un aspecto, y que le induce a otorgar prioridad al control de la inflación por encima del crecimiento económico.

Esto se puede ver con claridad analizando el discurso presidencial del 1º de febrero de 2003. El Presidente Mesa le decía al país: *"En consecuencia, el elemento básico del cambio es que aunque nos preocupa el tema fiscal -lo expresé con claridad hace algunos días- no podemos resolverlo todo por la vía de solucionar el déficit fiscal. Tenemos que decirle al país que éste es un camino distinto, el comienzo de una lógica que espero sea la lógica económica que va a seguir mi gobierno durante toda mi gestión constitucional"*. Así sorprendía al país con un plan que, en apariencia, seguía ese camino y que, por lo tanto, daría preponderancia a la producción y al empleo. De esta manera, concluía triunfalmente que *"Ésta es la idea, la idea es un plan económico, es un programa económico en el que lo fiscal -como ustedes vieron- es un punto, no el fundamental ni el que nos va a ahogar o nos va a salvar. Se trata de un conjunto coherente de medidas al que estamos apostando..."*

No obstante, la administración presidencial delegó la novedosa iniciativa a la ortodoxia encabezada por Xavier Nogales y Javier Cuevas, quienes durante varios lustros han sido entrenados en esa lógica contraria al planteamiento del Presidente. Aquella que considera que el control del déficit fiscal y la tasa de inflación próxima a cero son las condiciones necesarias y suficientes para lograr el crecimiento de la economía. Para estos ministros el mercado es la institución que puede resolver todos los problemas de la economía y confían ciegamente en que la actividad del Estado debe circunscribirse a actividades subsidiarias alejadas totalmente de la esfera de la producción.

De esta manera el gobierno, poco a poco, se deslizó hacia las vertientes ideológicas del par de autoridades de su gabinete. Un buen día se encontraron con, la tal vez muy feliz noticia, que el déficit fiscal había vuelto a ocupar el lugar del que había sido despojado en el discurso presidencial. De esta manera el ministro Nogales, a inicios de marzo de 2004, afirmaba con profunda convicción: *"Es necesario que el pueblo boliviano comprenda las medidas y apoye al gobierno porque no ayudar al gobierno a*

cerrar el déficit con impuestos generará de manera inevitable una inflación".

¿Cuán grande puede ser el déficit y cuán grande el gobierno?

Los economistas no tienen una definición para responder a ambas preguntas. La economía como ciencia no ha desarrollado una medida científicamente probada y comprobada para establecer esas dimensiones. Existen teorías, formulas, aproximaciones, pero, el número cabalístico escapa a nuestro conocimiento. 3% se dice, y con eso se contentan muchos, ofreciendo como explicación que a nivel internacional así se lo ha establecido. Guardan decir, que dicho criterio se lo escogió para la Unión Europea (UE), ciertamente, alguna diferencia debe existir entre ellos y nosotros. Pero, para ver cuan frágiles son estos cálculos, obsérvese a Francia y Alemania, el país del glorioso Bundesbank, ejemplo, en lo que a Banca Central se refiere, países sobre cuya cabeza pesan sanciones millonarias por haber rebasado las metas de déficit. Es que en economía, la realidad siempre es más rica, y fuerte, que las teorías que elaboran los economistas.

Stiglitz es un convencido de lo señalado líneas arriba: *"No hay una fórmula simple, sin embargo, para determinar el nivel óptimo del déficit fiscal. El déficit óptimo - o la escala de déficit sostenibles- depende de las circunstancias, incluyendo: el estado cíclico de la economía, de las perspectivas de crecimiento en el futuro, los usos del gasto público, la profundidad de los mercados financieros y los niveles de ahorro e inversión nacionales."* Por las razones señaladas, cuando los economistas muestran a incautos ciudadanos, y presidentes, los resultados de sus teorías, una sombra de duda debe pasar por la mente de ellos. Es muy posible que en el fondo no sean más que los maltrechos resultados de algo más parecido a la alquimia que a la economía.

Lo propio ocurre con el tamaño del Estado. Especialmente en una economía como la boliviana donde las actividades "subterráneas" (aquellas no contabilizadas por las estadísticas) tienen un gran peso. Recuérdese, que una de las razones por la que se profundizó la recesión, iniciada en 1998, fue la brillante idea de la administración Banzer de reducir al mínimo las plantaciones de coca, destinada en su mayoría al narcotráfico, sin generar mecanismos que compensen el descenso de la demanda agregada. Así, puede ser que un Estado considerado grande -35% del PIB- no lo sea tanto, comparado con una mayor dimensión de medida de la producción.

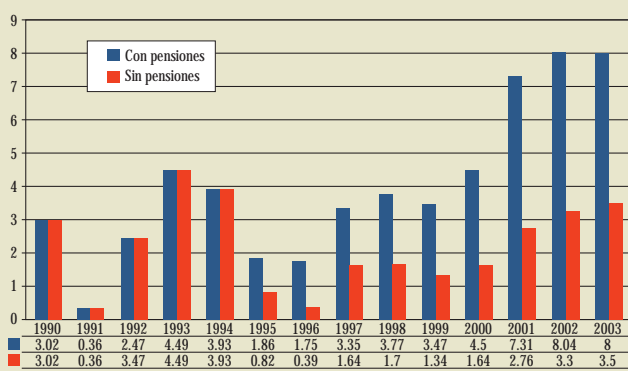
¿Puede volver la hiperinflación a Bolivia?

Los datos presentados en el gráfico 1, son los que les quitan el sueño al equipo económico gubernamental encabezado por Nogales, en el se presenta el déficit fiscal, como porcentaje del PIB. Como se ve, este ha tenido un crecimiento espectacular desde el año 1997, como señala el Ministro, el riesgo, es que semejante déficit, tarde o temprano se transforme en una alta inflación, como en los '80.

Tres son las premisas, según J. Stiglitz¹, se resaltan para frenar o evitar agresivamente la inflación: i) la inflación es costosa, ii) una vez que se inicia su tendencia es al

GRÁFICO 1

Deficit fiscal como porcentaje del PIB (1990 - 2003)



Fuente: Instituto Nacional de Estadística

descontrol acelerado, y iii) los costos que exigen su reducción son elevados. Estas premisas representan un modo de pensar en el que el control de la inflación debe estar sobre encima de cualquier consideración de impulsar el crecimiento o crear empleo, incluso si el costo de reducirla sea menor que la falta de crecimiento y empleo pueden ocasionar.

Respecto a la primera premisa, lo cierto es que sólo se ha demostrado que la alta inflación tiene un costo, lo que, por lo general no se dice, que significa “alta inflación”. Como en toda precisión de magnitud se necesita un punto de referencia. Este punto ha sido determinado por Bruno y Easterly (1996), citado por J. Stiglitz², en 40% por año. Sin embargo “hay poca evidencia de que la inflación es costosa (*énfasis original*) por debajo ese nivel.” Para mayor abundamiento Stiglitz se refiere a otra investigación realizada por su acompañante en la recepción del Nobel en Economía, Akerlof y otros dos autores Dickens y Perry (1996), que aluden sobre la conveniencia en mantener niveles de inflación que pueden alentar la actividad económica con relación a una inflación cero.

En cuanto a la segunda premisa, referida como “sacar al genio de la botella”, no existe evidencia que tasas de inflación alcanzadas en un momento impulsan o aceleran la inflación en momentos siguientes. Dada la relación que existe entre los niveles de inflación y los de desempleo, son más perceptibles los beneficios en conexión al aumento de empleo, gracias al crecimiento de la producción, que se puede lograr con un grado de inflación determinada, el cual puede ser controlado mientras se mantenga por debajo del mencionado límite de 40%.

Sin perder de vista niveles mínimos de inflación, que por precaución pueden colocarse en 15% ó 20% para la economía boliviana, se debe tomar en cuenta que revertir una inflación cuya tasa puede definirse de antemano, no genera mayores costos que los beneficios que se pueden obtener. Así “...forzar una disminución aún mayor de una baja inflación tiene poca probabilidad de mejorar el funcionamiento del mercado. En situaciones de baja inflación, un cerrado enfoque sobre la inflación podría no sólo distorsionar las políticas económicas -evitando que la economía alcance su potencial total de crecimiento y producción- sino que podría también causar arreglos institucionales que reduzcan la flexibilidad económica sin ganar beneficios de crecimiento importantes”.

La necesidad de eliminar el pánico a la inflación

Kenneth S. Rogoff, actualmente profesor de Economía y Director del Centro para el Desarrollo Internacional de la Universidad de Harvard, además de ex-Director del Departamento de Estudios del FMI, en un reciente artículo de la Revista Finanzas & Desarrollo publicada por el FMI (diciembre, 2003), sin dejar de advertir de los peligros que asedian a

Los costos de la baja inflación

En el transcurso del tiempo es aconsejable dar nuevas respuestas a viejos problemas. Uno de ellos es ¿Qué debe hacer un Banco Central? En Bolivia la respuesta se la dio cuando todavía los rastros de la hiperinflación de los '80 no se habían borrado del todo. Así la Ley 1670 resume dicho espíritu definiendo como objeto del instituto emisor procurar la estabilidad del poder adquisitivo interno de la moneda nacional. Es decir tiene como objetivos una baja inflación y un alto nivel de reservas internacionales.

Definidas así las cosas es natural que la deflación, o desinflación como gusta llamarse modernamente, no esté entre las prioridades del BCB. Desde 1996, la autoridad monetaria ha cumplido con creces las metas de inflación planteadas en los programas monetarios. O sea, logró un crecimiento mínimo de los precios. Sin embargo, parece que éste no es un resultado de la excelente gestión monetaria, sino de un conjunto de elementos que han hecho que la inflación sea baja, excesivamente baja, entre los cuales destaca la recesión. Los propios estudios realizados al amparo del instituto emisor muestran que las variables controladas por el mismo sólo han llegado a dominar un 40% del movimiento de la inflación. Es natural, en una economía semi - capitalista como la nuestra, es difícil creer que, únicamente, la cantidad de dinero determina el nivel de precios.

Así se ha llegado a un punto en el que los bajos precios afectan la buena marcha de la economía. Bajo el esquema de formulación del, mencionado, programa monetario la oferta de dinero se ajusta a la demanda calculada en función del crecimiento de la economía. De esta manera, la política monetaria se torna peligrosamente pro - cíclica. Si la economía pide menos dinero, entonces el BCB se abstiene de inyectar más de lo que se pide. Así la deflación se convierte en un círculo vicioso de descenso. A menores precios, la economía pide menos dinero. Menos dinero hace que los precios vuelvan a descender y así sucesivamente.

Se dice que en Bolivia no hay deflación porque los precios todavía están ascendiendo. En el 2003 la inflación fue de 3.94%. Esto responde a una mala lectura de la economía que considera que Bolivia funciona de la misma manera que Estados Unidos, donde los mercados son flexibles. En nuestro país, se encuentran a menudo rigideces que hacen que los oferentes no encuentren los compradores porque los mismos se perdieron en el camino. Por dicha razón nuestro descenso de precios no puede ser negativo. Salvo que nuestra crisis se ahonde más. Lo señalado no quiere decir que la rigidez sea eterna e inmutable, actúa en pequeños volúmenes, ante mayores ascensos de precios, se rompe, y logra que la oferta se expanda.

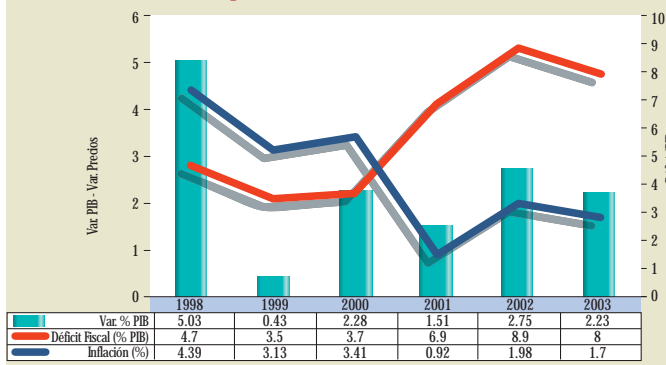
las economías del mundo si bajan la guardia respecto a la resurgencia de la inflación, declara: “*No es mi intención hacer de la inflación el enemigo público número uno...*” Y en lo que se refiere a la conclusión, que los pensamientos expuestos lo conducen, muestra consecuencia. Este ex-funcionario del FMI, ahora académico, ve que no sólo combatiendo la emisión monetaria se frena la temida inflación, sino que también se ve considerablemente reducida por los resultados a favor de la mayor competencia de mercado que ha forjado la globalización y la privatización. Rogoff apunta: “*Me atrevo a plantear la hipótesis de que la globalización, en juego con la liberalización y la privatización, ha sido una de las claves de la desinflación de la última década*”. La traducción llama desinflación a lo que generalmente se refieren los economistas como deflación, vale decir una caída del nivel de precios tendiente a cero que han manifestado prácticamente todas las economías del mundo desde mediados de los años 90. Es posible que al término quiera dársele

una connotación adicional respecto al punto de donde partieron los precios; niveles inflados que se han desinflado.

Es necesario, no obstante, profundizar acerca del trauma que generó la inflación y las hiperinflaciones de los 80 y de los 90, consecuencias de una creciente masa monetaria en manos del público. El fenómeno denominado por la ortodoxia monetarista “histéresis” para calificar a la reacción asumida por la población frente a la inflación, se traduce para estos teóricos inevitablemente en un enemigo digno de temer, más aún si se trata de los pobres, de quienes se alega son los peores castigados por la inflación. Nuevamente Rogoff afirma “*...no puedo dejar de mencionar que los esfuerzos por bajar la inflación han tenido mucho éxito como políticas a favor del crecimiento y de los pobres. Stanley Fisher, ex Primer Subdirector Gerente del FMI, ha afirmado con frecuencia que, según muchos estudios, los costos de la inflación recaen sobre todo en los*

GRÁFICO 2

Influencia del Déficit Fiscal sobre la producción e inflación



pobres, precisamente porque éstos no tienen riqueza para diversificarla en activos inmunes a la inflación. La inflación es, por tanto, uno de los impuestos más crueles y regresivos.”

Con este argumento se olvida que los pobres en una época de bajo crecimiento del PIB o peor en una recesión, no sólo que carecen de riqueza para cubrirse de los riesgos inherentes a la inflación, sino que carecen de algo mucho más básico e imprescindible para vivir en un mundo capitalista. Carecen de empleo, por lo tanto de ingreso y, en consecuencia, no pueden comprar lo más elemental para sobrevivir. No se puede negar, no obstante, que la inflación actúa como un impuesto al consumo, pero es mejor “pagarlo” sobre la base de un empleo y un ingreso, que no pagarlo porque no se tiene el ingreso suficiente para comprar los artículos esenciales de una canasta familiar. Siempre se puede encontrar argumentos equivalentes al interior de una sociedad que marca las diferencias de clases y niveles de ingresos con una severidad que, por lo general, castiga siempre al más pobre. De esta manera se podría razonar que se debería favorecer la compra al por mayor a los pobres porque les sale más barato en vez de comprar al raleo que siempre es más caro. En los hechos eso únicamente lo pueden hacer aquellos que cuentan con un ingreso lo suficientemente alto para comprar por quintales, por docenas o al contado. La compra por unidad, por kilo, o al crédito son también costos que los más o menos pobres deben enfrentar en una sociedad dividida entre privilegiados y no privilegiados.

Efectos en la economía

Lo grande y lo pequeño son términos excesivamente relativos. Un grano de arena se ve enorme ante el ojo de un microscopio, y una montaña se ve diminuta a la vista de un espectador lejano. La mejor forma de definir el tamaño de algo es compararlo con otra cosa. Sin embargo, tan trivial criterio no debe ser trasladado mecánicamente a la economía. No es correcto, agarrar una alforja con toda Latinoamérica y comparar los países, como si estos fueran homogéneos. Brasil, es completamente diferente a Bolivia, lo propio con Chile. Cada país

ha seguido una historia distinta, ciertamente, existen similitudes, pero no son estas las que definen el desarrollo, son, precisamente, las diferencias las que lo hacen. Todos son países capitalistas, se puede decir; pero, dicha constatación no aporta un gramo al mayor conocimiento de su naturaleza. Lo que sí aporta es saber que clase de capitalismo poseen.

El camino más aconsejable para definir si un Estado está a punto de hundir a una economía es ver la macroeconomía estadística. Descubrir tendencias. Las cifras (Ver gráfico 2) muestran que pese al crecimiento del déficit fiscal, la inflación no se ha desatado, y más bien ha propiciado cierta expansión del producto. Algunos economistas consideran que, en cuanto a producción se refiere, la intervención del Estado no ha tenido mayor efecto, es decir, el sector privado se ha movido a pesar de la molesta participación gubernamental. Así, cual poseyesen el cayado divino de Moisés, dividen el sector privado del público para que uno no tenga nada que ver con el otro. El peregrino expediente los conduce a concluir, que la crisis se encuentra en el Estado, y no en la economía real.

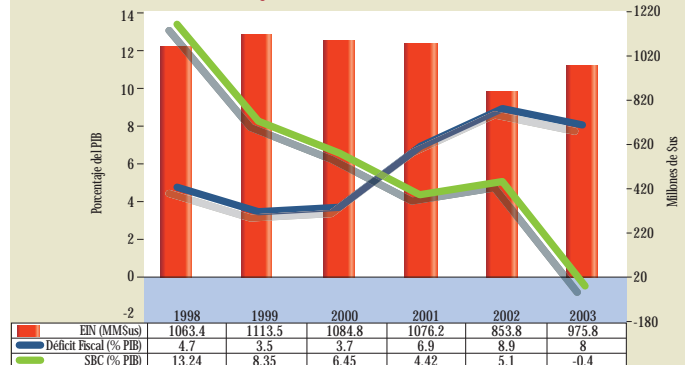
En todo caso, la realidad muestra que la brecha fiscal ha tenido impactos positivos sin sacrificar la estabilidad macroeconómica. El gráfico 3 muestra que pese a su alocado crecimiento la balanza comercial ha tendido, más bien, a tomarse positiva, lo propio respecto a las Reservas Internacionales que se han mantenido relativamente estables, si se descuenta el efecto de las crisis del 2003.

No obstante, en la explicación de los anteriores gráficos, el monetarismo ortodoxo ha ensayado una versión: El déficit fiscal no ha desatado la inflación porque se encuentra “adecuadamente” financiado. La cooperación externa se ha encargado de cerrar la brecha. Así no se ha tenido que recurrir a la celebre “maquinita” de hacer dinero.

Lo cierto, es que si, el Banco Central de Bolivia, si monetizó el déficit. La deuda interna, frecuentemente mencionada, que clama la ira de Dios para castigar a los impíos, se encuentra en gran parte compuesta por créditos del BCB. De un total de \$us. 2,429 millones, para 2003, 910, el 37%, corresponden a

GRÁFICO 3

Influencia del Déficit Fiscal sobre el saldo comercial y las Reservas Internacionales



créditos del instituto emisor. De hecho, entre 1999 y 2003, el crédito otorgado al gobierno creció a una tasa de 28%, sin acelerar la temida inflación.

¿Hacia dónde va Mesa?

Negros nubarrones se vislumbran en el horizonte. Gonzalo Sánchez de Lozada no cayó por el “profundo sentimiento nacionalista”, fuertemente arraigado en el pueblo, como creen los místicos del proteccionismo. Su gobierno se derrumbó por intentar contener el déficit fiscal, el “impuestazo” de febrero de 2003, batalla que dejó maltrecho al gobierno, y el intento de vender el gas, a como de lugar, porque con tan sólo la vista del contrato firmado, el crédito internacional se abriría, proceso que desembocó en la “guerra del gas”, fueron el natural desenlace de un gobierno que intento, innecesariamente, reducir la brecha, cuando pudo, fácilmente, recurrir a la emisión monetaria, a la renegociación de la deuda externa y a la modificación de los objetivos de la inversión pública para hacer crecer a mayores tasas al PIB.

La administración Mesa ha elegido un camino similar, pese a que el discurso presidencial de inicios de febrero hacía ver una tenue luz al final del túnel, se ha dirigido el barco de la nación por otros rumbos, así en una gestión tan corta, el apoyo al nuevo gobierno se diluye sin remedio, ha perdido cuanta batalla congresal se le ha presentado en el camino, los partidos políticos, esos que fueron destronados tras la revuelta de Octubre, ven con placer este proceso. Día que pasa el poder retorna a sus manos, como siempre fue, y como les gustaría que fuera para siempre. Ciertamente, sus mañosas prácticas explican muchas cosas, pero, considerar que sólo en el congreso se encuentra la razón para que el país no avance es un error. Lo fundamental, se encuentra en lo que haga el poder ejecutivo en el campo económico ■

1. “Más instrumentos y metas más amplias desde Washington hasta Santiago”, (Mimeo). Trabajo presentado en el seminario “Estabilidad y desarrollo económico en Costa Rica: Las reformas pendientes”, San José, abril, 1998.
2. Ibid.